



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: ¿Qué espera la comunidad filosófica internacional de la filosofía latinoamericana?

Autor: Agazzi, Evandro

Forma sugerida de citar: Agazzi, E. (1987). ¿Qué espera la comunidad filosófica internacional de la filosofía latinoamericana?. *Cuadernos Americanos*, 3(3), 163-178.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año I, núm. 3, (mayo-junio de 1987).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

¿QUE ESPERA LA COMUNIDAD FILOSOFICA INTERNACIONAL DE LA FILOSOFIA LATINOAMERICANA?

Por *Evandro AGAZZI*
SECRETARIO GENERAL DE LA
FEDERACIÓN INTERNACIONAL
DE SOCIEDADES DE FILOSOFÍA

¿TIENE sentido y es legítimo hablar de una contribución específica que haya sido o pueda ser hecha a la filosofía por parte de una cultura o de una región particular del mundo?

A primera vista habría que decir no, puesto que la filosofía es por naturaleza universal, es un corpus de ideas y de doctrinas a cuya construcción la humanidad entera contribuye en forma colectiva, por encima de todas las contingencias de carácter geográfico, como las fronteras, o de carácter cronológico, como las épocas. De tal manera que el hecho de que Aristóteles sea un griego, Tomás de Aquino un italiano, Descartes un francés o Kant un alemán, resulta ser puramente accidental.

Sin embargo, esta universalidad de la filosofía no es del todo incompatible con su constitución en forma de contribuciones que llevan el sello de una personalidad, de una época o de un área geográfica bien determinadas. En efecto, dicha universalidad atañe ante todo al valor de la filosofía y de las elaboraciones intelectuales que la caracterizan, más que al modo y formas de su expresión o tipo de problemas, a las metodologías, a las categorías que en ellas aparecen y que se distinguen y se desarrollan aun con relación al espacio y al tiempo.

En otros términos, la filosofía no refleja tanto los movimientos de una hipotética "razón abstracta", como los de una razón "concreta", es decir, encarnada en la historia y, mucho más aún, encarnada en cada uno de los individuos. Por eso mismo, una razón que es solidaria de las interrogantes y de los problemas que se plantean al hombre por el hecho mismo de su peculiar "estar en el mundo", por las situaciones ambientales, sociales, afectivas, culturales, que

lo rodean y sobre las cuales está obligado a interrogarse, a buscar significados y orientaciones.

Este es un hecho de alcance general, que siempre se ha verificado a lo largo de la historia de la filosofía. Con tal que se comprenda según su sentido auténtico, se podrá refutar con facilidad la crítica que los ignorantes hacen con cierta frecuencia a la filosofía, diciendo o afirmando que a lo largo de su historia la filosofía se ha ocupado siempre de los mismos problemas y que siempre rumia las mismas soluciones, con variantes raras veces significativas.

En realidad, aquello que hace interesante a la filosofía, y en particular a su historia, es el hecho de que estos eternos problemas, si bien son en abstracto los mismos, son formulados y tratados de maneras diferentes, son motivados intelectualmente por exigencias diversas, testimonian maneras de pensar y mentalidad heterogéneas. De manera que aun las soluciones propuestas con miras a resolverlos se distinguen entre ellas, no tanto porque la razón humana viva siempre en la incertidumbre y no llegue a construir nada estable, sino más bien porque cada una de las soluciones propuestas logra ser persuasiva en lo concerniente a la manera particular según la cual se aborda un determinado problema, mientras que ya no lo será más en el contexto de una óptica diferente según la cual dicho problema recibirá una significación diversa y se convertirá, por consiguiente y en cierta medida, en otro problema.

Es ésta la razón por la cual un hecho de cierto género justifica *a priori* la posibilidad de una diferenciación de los contenidos de la filosofía según el espacio y el tiempo, una especie de "regionalización" de la que, por lo demás, cada uno de nosotros tiene una percepción inmediata, inclusive tomando en cuenta expresiones filosóficas que pertenecen a periodos históricos más bien restringidos. ¿Quién, pues, no es capaz, por ejemplo, de captar la peculiaridad del estilo empírico de la filosofía anglosajona con respecto al carácter nacionalista franco-continental, o de la estructura trascendental de la filosofía alemana (kantiana, postkantiana y romántica) que se ha manifestado en Europa entre los inicios de los siglos XVII y XIX?

Aun cuando se prefiera considerar a la filosofía como subdividida en corrientes, tendencias, escuelas de pensamiento, etcétera, esta ramificación intencionalmente propuesta según criterios puramente intelectuales y doctrinales no es suficiente para eliminar de su seno diversificaciones profundas de carácter "cultural", si no propiamente geográfico, por ejemplo, el marxismo soviético, el marxismo polaco, el alemán oriental, el italiano, el francés;

aunque todos identificables gracias a este denominador común, las diferencias entre ellos resultan ser mucho más grandes que sus tesis comunes. Y, de todas maneras, sus intereses filosóficos se concentran principalmente sobre este problema concerniente a sus diferencias, más que sobre su denominador ideológico común que les sirve de unificador.

Análogo discurso se puede hacer en lo que se refiere al existencialismo. El de Heidegger y el de Jaspers son diferentes al de Sartre o al de Marcel, no solamente por las obvias diferencias de la individualidad de sus respectivos pensadores, sino también debido a las diversificaciones culturales de los diferentes países en los que estos hombres han filosofado.

Con mayor razón dichas consideraciones son aplicables a las tendencias filosóficas de rasgos mucho más matizados como el idealismo, el positivismo, el historicismo. En tales casos, la distinción geográfica es nada menos que una de las maneras habituales que se emplean con miras a la presentación histórica de dichas doctrinas. En nuestra época, este sentimiento sobre la diversidad y su valor se manifiesta con menos insistencia o rigor que en el pasado, y la tendencia que predomina en el mundo es más bien aquella que conduce a la unificación. Muchos la consideran, sin más, como uno de los aspectos positivos de la civilización contemporánea y como una expresión de la aspiración del hombre moderno hacia la universalidad, a la superación de las fronteras, a la realización creciente de la unidad del género humano.

Pero es mejor o preferible no dejarse engañar por la ilusión. En realidad, no todo lo que es uniforme es universal, sino más bien anónimo, amorfo, sin incentivo alguno, al límite, inclusive, de lo aburrido y repetitivo, mientras que la diversidad, con tal que sea de buen nivel (cualitativamente hablando), aviva y enriquece nuestra capacidad de reflexión, acicatea el gusto por el parangón y el sentido crítico, es síntoma de originalidad y creatividad.

Las formas más corrientes y llamativas de esta marcha hacia la uniformidad están a la vista de todos: las grandes metrópolis y las ciudades modernas de cualquier parte del mundo, se asemejan todas ellas; es raro el lugar donde no haya llegado la llamada cocina "internacional", el modo de vestir europeo se ha implantado por todas partes, un inglés más o menos aproximado se ha convertido en una especie de idioma internacional pobre y descolorido, mientras que se desvanecen el uso y el esmero por los idiomas nacionales y los hablantes abandonan su respectivos dialectos.

Como si fueran signos de retraso e incultura, las tradiciones se apagan o relegan al simple papel de folklores, son practicadas por grupos de aficionados y en adelante definitivamente convertidas en piezas de museo. Todo esto ha hecho que el viajar y el comunicarse se conviertan en algo más fácil pero, al mismo tiempo, en algo mucho más aburrido de tal manera que cuando visitamos una gran ciudad y queremos ver algo interesante casi siempre vamos a visitar el "centro histórico", siempre y cuando no haya sido destruido para ceder su lugar a construcciones modernas o recientes. O también buscamos con mucho empeño un restaurante que sea capaz de brindarnos una cocina "local" menos insípida en comparación con la cocina de los grandes hoteles. O también tratamos de descubrir ciertas huellas de los usos y costumbres locales antes que desaparezcan para siempre.

Naturalmente, la uniformidad ofrece una gran ventaja práctica y nadie pretende negar. Por principio, las facilidades que ofrece la estandarización: la uniformidad en el voltaje eléctrico, en los repuestos para maquinarias, en el cambio de las monedas, en el lenguaje de las computadoras, en los sistemas métricos y en las unidades de medida en general, en los semáforos y en las reglas de tránsito. Es una condición indispensable para la circulación de los bienes de consumo y servicios.

Sin embargo, no tiene valor espiritual particular; sólo tiene como raíz dos procesos intelectuales extremadamente pobres: la convención y la imitación. Por eso es fácil darse cuenta del grado de empobrecimiento que tal condición implica si es que deseamos integrarla en la esfera intelectual. En este caso, expresa en sustancia la limitación de un modelo hegemónico, inclusive un comportamiento que demuestra pereza y renuncia a la propia originalidad.

Cuando una nación se convierte en hegemónica en el campo político y económico, se observa una tendencia inconsciente y casi irresistible, además de adoptar su lengua, a imitar también sus gustos, sus modas, sus estilos de vida, sus maneras de pensar, su producción artística y literaria *v last but not least* aun su filosofía.

En este caso, el interés por lo "diverso", por lo sin uniformidad, aunque se conserve, tiene la tendencia a convertirse en una simple "curiosidad". vale decir, un comportamiento intelectual que no es nunca verdaderamente participante, puesto que contiene en sí mismo una separación, un sentimiento implícito de superioridad, un tipo de fruición que corre el riesgo de ser confundida con la mera diversión, un juicio que tiende a expresarse al máximo en un "me agrada" o "no me agrada".

Para que dicho comportamiento superficial de mera curiosidad se logre desalentar y superar, no es suficiente mantener despierto el sentido de apertura y de disponibilidad que permitan tomar en serio aquello que es peculiar y diferente, con miras a enriquecerse o perfeccionarse, sino que hace falta, del mismo modo, que lo peculiar y lo diferente puedan abrirse hacia lo universal, que no sea sólo la expresión de un *hortus conclusus* celosamente encerrado en sí mismo. Por el contrario, que sepan expresar y transmitir valores susceptibles de ser comunicados a un "auditorio general" ideal. Éste es el punto de equilibrio delicado y difícil de conseguir y constituye en parte el gran desafío de la civilización contemporánea, la cual, por una parte, tiene que acostumbrarse a ese nivel de uniformidad cada vez más grande y por otra, a no desperdiciar las innumerables riquezas de todo lo que no puede ni debe reducirse a una mera uniformidad.

Todo cuanto se ha dicho hasta este momento en general se aplica también a la filosofía en particular. Ésta sólo parcialmente está constituida por el estudio apasionado y arduo de problemas "eternos", cuya dificultad y riqueza inextinguibles intrigan a los hombres de todas las épocas y de todas las latitudes y los embarcan en un proceso de profundización y repetición sin fin. Es éste, si queremos, el aspecto general de la filosofía, en cuyo interior se producen ciertas uniformidades de lenguaje, de categorías, de continuidad, que hacen que ella se sitúe por encima del tiempo y del espacio. Pero por otra parte, no menos importante, la filosofía constituye una especie de "testimonio" que la humanidad se rinde continuamente a sí misma con el objetivo de "comprenderse" y de "orientarse", es decir, de "buscar un camino". Considerado así, el esfuerzo de la filosofía es siempre "nuevo", puesto que las situaciones en las cuales se encuentra la humanidad y los problemas de comprensión y de significado, tanto práctico como espirituales, que ella está obligada a afrontar, son nuevos y en gran parte inéditos.

Una primera toma de conciencia de este hecho —madurada en Europa, especialmente a partir del siglo XVIII y definitivamente consolidada en el siglo XIX— se ha producido con la adquisición del "sentido histórico". La historia ha dejado de ser un mero género literario espléndido (*opus oratorium maximum*), o una mera expresión de preocupaciones que impiden que el recuerdo de la hazaña de los hombres se pierda en el tiempo (*memoria rerum*), o mera fuente de sabiduría (*magistra vitae*), gracias a las meditaciones sobre el pasado.

Precisamente ha comenzado a pensarse como un testimonio que la humanidad se rinde a sí misma, gracias a una comprensión profunda de lo que ella ha sido a través de las diferentes épocas, cada una de las cuales merece ser reconstruida con amor y respeto, tal como se ha manifestado realmente, con un esfuerzo de participación y de ensimismamiento y con la certeza de que este mejor conocimiento de sí misma, además de tener un valor intrínseco, sea para la humanidad una adecuada forma de comprensión del presente y una fecunda inspiración para el futuro.

La traslación de dicho comportamiento al terreno filosófico ha dado como resultado la cristalización de aquella corriente del pensamiento calificada de "historicismo" y de la que, por motivos de brevedad, sólo podremos indicar como ejemplos a Juan Bautista Vico, en el siglo XVIII, y a Jorge Federico Hegel, en el XIX. Tal dimensión, que también podemos llamar el conocimiento de la "variación en el tiempo", ha sido definitivamente integrada en el seno de la conciencia intelectual contemporánea.

Pero, a su vez, tendría que ser integrada mediante una análoga conciencia de la "variación en el espacio", capaz de captar nuestra atención no solamente sobre las variaciones diacrónicas sino también sobre las sincrónicas. Es decir, sobre las diferencias que se manifiestan en diversos lugares en una misma época histórica. Para servirnos de una expresión paralela a la precedente, podemos hablar de la adquisición de un "sentido geográfico" (aunque al menos, por el momento, pueda sonar un poco rudo y poco oportuno hablar de "geografismo").

Ya existen síntomas de esta ampliación de horizontes en lo que se refiere a la filosofía. En efecto, se puede ver un interés creciente por la filosofía, las religiones, la sabiduría oriental, e inclusive por el pensamiento africano. Curiosamente, este mismo interés tarda en manifestarse en lo que se refiere a América Latina. ¿Hay razones para esto? Sin duda existen y podemos arriesgarnos a proponer unas cuantas.

La principal es probablemente ésta: América Latina, durante mucho tiempo, ha sido percibida y considerada culturalmente como una parte del mundo occidental. O, más bien, como una provincia suya que, por lo mismo, brilla con una "luz refleja", más que con una "luz propia". De ninguna manera se puede ignorar que, según la percepción común a las personas de cultura media pertenecientes a otras partes del mundo, la historia de América Latina comienza en el siglo XVI con la conquista por parte de los colonizadores, mientras que todo lo precedente es considerado una especie de pre-historia, dotada de confines vagos y legendarios al máximo,

Como resultado de la independencia que tuvo lugar en el siglo XIX, el continente latinoamericano es considerado como el escenario de continuas revoluciones, de guerras internas, de inestabilidad política crónica que han dejado poco lugar al desarrollo de una vida civil y cultural ordenada. Además, el hecho de que durante el período entre guerras muchos intelectuales europeos, perseguidos por razones políticas, hubieran logrado conseguir refugio en diversos países de América Latina (especialmente en Argentina, Chile, México y Brasil), y que ahí hubieran podido también desarrollar una obra cultural intensa y de gran valor, parece confirmar la existencia de dicho vínculo intrínseco, lo que implica, naturalmente, una cierta forma de dependencia de este continente con respecto a la cultura europea. En esto se apoyan para decir, con ambages, que América Latina ha elaborado doctrinas filosóficas importadas de Europa y, más recientemente, también de Estados Unidos de América. Esto permite afirmar con certeza que la filosofía latinoamericana puede ser profesionalmente digna, aunque escasamente original, como sucede en general con los discípulos y con los epígonos, en el caso de las grandes escuelas filosóficas.

A esto hay que añadir que, por razones de expresión lingüística y de tradición histórica. América Latina ha sido asociada a la cultura ibérica (no por nada cuando se habla de ella se dice corrientemente cultura "iberoamericana" o "hispanoamericana")y, de este modo, se ha visto mancomunada a aquel destino de aislamiento y de injusta subestimación que, en los últimos dos siglos, pero especialmente durante el nuestro, ha caracterizado a la cultura ibérica con respecto al resto del mundo (más recientemente inclusive por razones de naturaleza política).

Un factor ulterior de debilidad y de discriminación se ha ido comprobando a partir de la Segunda Guerra Mundial, cuando América Latina entró a formar parte del así llamado "Tercer Mundo", con frecuencia calificado como área del "subdesarrollo".

Pues bien, ésta es una categoría que a lo más puede tener una significación económica. En realidad, y en un sentido más restringido, es la proyección de un modelo de civilización basado en la industrialización, en la disponibilidad de grandes capitales, en un estilo de vida fundado en un desarrollo tecnológico masivo (pero que al mismo tiempo es igualmente esclavo no sólo de todos sus condicionamientos negativos, sino también de sus contradicciones).

A pesar de todo, la noción de subdesarrollo se ha extendido automática y arbitrariamente a todos los aspectos de una cultura, creando la imagen deformada según la cual el retraso económico equivale a un retraso intelectual, social, político, de costumbres, de

estilos de vida, de mentalidad. Mientras que los niveles cualitativos concernientes a estos diferentes planos se miden según criterios y patrones muy diversos.

La influencia de esta óptica pervertida ha sido nefasta, no sólo en América Latina, puesto que ha persuadido gradualmente a no pocos intelectuales de este "Tercer Mundo" (salvo algunas excepciones) a sentirse de alguna manera subdesarrollados, no obstante ser representantes de civilizaciones antiguas, ilustres y admirables por su riqueza espiritual, por los valores cultivados por sus tradiciones de sabiduría, por sus grandes creaciones en el campo de la religión, las artes y el pensamiento.

La consecuencia de estos hechos ha sido que los países del "Tercer Mundo" (también en este caso, sin que sea exclusivamente latinoamericano) no sólo han tratado de imitar el modelo de desarrollo económico de los países industrializados (tanto de los Estados "capitalistas" como de los llamados "comunistas"), a pesar de estar desprovistos de los medios materiales necesarios, sino que también han admitido implícitamente que su desarrollo cultural debería consistir en una imitación y asimilación de modelos culturales de estos países. En lo que atañe a la filosofía en especial, se piensa que su renacimiento debería consistir en abrazar, por ejemplo las formas de la filosofía analítica de forma anglosajona o de la filosofía marxista. Es por eso que se ha cultivado inconscientemente aquella costumbre de imitar, cuyos peligros hemos señalado anteriormente, y se olvida que las mismas aspiraciones a una mayor autonomía política y económica de las que el mundo latinoamericano está hoy tan profundamente marcado, no podrán llevarse a cabo a menos que se trate de fundamentarlas sobre una autonomía y originalidad de pensamiento y de valores espirituales conscientemente elegidos y elaborados.

Por lo demás, es precisamente de esta manera que en el siglo pasado han conseguido realizar su independencia y su unidad nacional dos grandes naciones: Alemania e Italia. Y a este propósito puede ser que valga la pena citar las palabras proféticas e iluminadas de un pensador de la época, Vincenzo Cuoco: "Es más importante de lo que se cree el hecho de que una nación tenga o no tenga su propia filosofía. . . Recorred las épocas de grandeza política de cualquiera de las naciones: son las mismas que las épocas de grandeza filosófica. La principal fuerza es la mente".

Con lo dicho no queremos de ninguna manera subestimar la importancia que tienen en América Latina los estudios cuyo objeto es conocer y desarrollar filones y tendencias del pensamiento europeo o norteamericano. Ya tienen el mérito de hacer circular

en el mundo latinoamericano muchas temáticas de la filosofía contemporánea más general y, al mismo tiempo, incrementan el número de filósofos latinoamericanos que gracias a ellas adquieren relieve y fama.

En realidad, sería injusto negarse a reconocer la importancia de los aportes originales que los intelectuales latinoamericanos han hecho en los campos de la lógica, la filosofía de la ciencia, la filosofía analítica, la filosofía del derecho, la filosofía política, la antropología filosófica y la metafísica. No menos interesantes son sus estudios en el campo del existencialismo, de la fenomenología, del marxismo, de la filosofía cristiana. Sin embargo, nuestra impresión es que su principal aporte no tiene como objetivo su realización en estos campos, muchas veces ligados a filosofías envejecidas más o menos en plena crisis, inclusive en Occidente, y en cierto modo "importadas" y sin vitalidad, puesto que están separadas de aquellas raíces culturales específicas que en Occidente pueden todavía tener algún interés por el hecho mismo de estar insertas en una tradición jamás interrumpida.

Insistir de manera exclusiva o prioritaria en este camino podría significar, para la filosofía latinoamericana, el deseo de querer continuar viviendo "de reflejos" y, de alguna manera, de aquella posición de subalterno o de epígono con relación a las corrientes de pensamiento que ya han dado sus mejores frutos en otros lugares. Esto podría servir para confirmar la idea según la cual los filósofos latinoamericanos sólo saben copiar, prolongando por lo mismo el preincio según el cual únicamente aquellos que han cursado sus estudios en Europa o Estados Unidos merecen ser escuchados con atención esmerada.

En cambio, la comunidad filosófica internacional espera de parte de la filosofía latinoamericana aportes que ella está perfectamente en condiciones de hacer de una manera profusa, justamente por gozar de ciertas situaciones concretas particularmente favorables. Por ejemplo, con respecto a las filosofías orientales, la filosofía latinoamericana goza de la ventaja de poder brindar un mensaje que no exige ni muy largas ni muy difíciles mediaciones. En efecto, aun admirando ciertas intuiciones profundas y ciertos tesoros de sabiduría contenidos en el hinduismo, en el budismo, en el confucianismo o en el taoísmo, es innegable que dichas filosofías podrían tener la posibilidad de influir en el pensamiento filosófico mundial en un futuro no inmediato porque tienen, como parte de su pasado, cosmovisiones, contextos religiosos tradiciones intelectuales y culturales demasiado diversas y lejanas, mientras que Occidente ha perdido algo análogo desde hace muchos siglos.

Precisamente tratándose de concepciones del hombre, del mundo y de la vida, de estilos de pensamiento que ya tienen una "identidad" claramente definida, se vuelve muy difícil hacer que se influyan mutuamente a través de paradigmas que, a su vez, ya tienen una identidad definida, aunque profundamente diferente.

Además, existe la dificultad de traducción del lenguaje y de los conceptos y también se da la dificultad de poder situarlos dentro de un discurso sistemático, argumentando, mucho más lógico que intuitivo, que desde milenios caracteriza en nosotros (pero no en Oriente) la manera de concebir la filosofía como campo de investigación de alguna manera específica y diferenciada, en comparación con el de las religiones, las artes, la poesía, los aforismos.

También parecen tener valor consideraciones análogas en lo que se refiere al pensamiento islámico; aunque por motivos diferentes y en parte inclusive opuestos. El primero no hace mucho que ha empezado un proceso de autoconcientización reflexiva y, por el momento, aún está en búsqueda de su propia identidad, la que tiene que ser empeñosamente reconstruida a partir de la tradición oral, a partir de la interpretación de ritos, creencias, costumbres, estructuras lingüísticas profundamente trastornadas debido a una europeización forzada, inducida por una colonización que sólo hasta hace poco se ha concluido. Por otra parte, dicho esfuerzo no puede ni siquiera contar con la existencia de formas institucionalizadas de la cultura intelectual nativa tales como las universidades o, más simplemente, escuelas o publicaciones que hayan conservado dicha tradición a través del tiempo.

En lo que se refiere al islamismo, sólo durante el Medioevo ha contribuido de manera fecunda a la formación del pensamiento filosófico universal. Actualmente se muestra bastante hermético en relación con el mundo moderno y está expuesto a fuertes tendencias de integración religiosa y dogmática.

En cambio, América Latina tiene la ventaja de contar con una larga tradición de vida filosófica, ejercida fundamentalmente según los modos y las formas de la filosofía europea, apoyadas en instituciones prestigiosas como son, por ejemplo, algunas gloriosas universidades. Ya a partir del periodo colonial ha contado con figuras competentes de pensadores y esto ha seguido floreciendo aún después de que muchos Estados consiguieron la independencia (a pesar de que tal hecho no es muy conocido y apreciado por el resto del mundo).

En conclusión, y desde hace siglos en América Latina se da un ambiente en el que la filosofía se cultiva con dignidad y con una capacidad profesional no muy diferente a la de otros países del mun-

do occidental. Por otra parte, todo esto se injerta en la existencia de civilizaciones precolombinas muy antiguas y espléndidas, las que, aun habiendo sido arrolladas y destruidas por la conquista europea, en realidad no han "muerto", puesto que su herencia sobrevive en las poblaciones locales y ha dado lugar a una síntesis muy compleja y variada por medio de las múltiples mezclas étnicas y los cruces efectuados a través de su larga historia.

Gracias a esto el hombre latinoamericano ha conservado una afinidad fundamental con el hombre europeo. Pero, al mismo tiempo, se distingue de él por su modo de pensar, de vivir, de sentir, de organizarse cultural y socialmente, que lo hacen diferente del europeo y del hombre norteamericano. En dicha especificidad y peculiaridad se encuentran las raíces de una riqueza espiritual que ya actualmente, y mucho más en el futuro, le permitirá elaborar mensajes que pueden ser útiles a toda la humanidad, mensajes que, debido precisamente a las afinidades de base anteriormente mencionadas, podrán ser captados y asimilados con más facilidad que otros cuyas proveniencias son mucho más lejanas.

América Latina, por el hecho de haber seguido sólo parcialmente y con cierto retraso los modelos culturales de Occidente, se da cuenta de las desventajas que esto implica, aunque puede también aprovecharse de ciertas condiciones más ventajosas. En efecto Occidente, tras lanzarse de manera ciega en su carrera científico-tecnológica, ha terminado sacrificando en sus aras gran parte de sus valores, perdiendo incluso su identidad y llegando a una situación de crisis, de angustia y de desorientación que es ciertamente capaz de denunciar, a pesar de haber demostrado mucha dificultad por vislumbrar perspectivas de salida y de esperanza.

El triunfo de la industrialización y la lógica de la ganancia que lo estimula han producido formas de explotación y de servidumbre no menos duras que las que se dieron en el pasado. Han ocasionado grandes migraciones internas y externas, han arrancado a los hombres de sus regiones y culturas de origen, para después arrojarlos en conglomerados y *ghetos* urbanos desprovistos de fisonomía, de historia, de calor y afecto, de raíces; han emparejado los gustos y hábitos, han disuelto al individuo en el anonimato de las masas. La así llamada "civilización de consumo" a la que ha dado origen, convirtió el bienestar material en valor supremo, creando un número de necesidades artificiales cada vez más costosas y difíciles de saciar, con las consiguientes situaciones, muy conocidas por todos, de desagrado, de frustración, de inseguridad, de alienación y de marginación.

Al haber empujado poco a poco al hombre a vivir en un *habitat*

casi íntegramente artificial, ha destrozado los lazos de unión repletos de significados y valores que el hombre tenía con la naturaleza y la convirtió inclusive en un mero depósito de riquezas que se pueden saquear mediante una simple y adecuada inversión de capitales.

La consecuencia es que cada vez que dicho mecanismo artificial se malogra, el hombre cae en situaciones de miseria y de sufrimiento indescriptibles: la pérdida del trabajo, cuando es verdaderamente total e implica inclusive la desaparición de la renta, se convierte en una tragedia sin medida para aquel que vive en una ciudad moderna, donde aun un vaso de agua, una manzana, una papa, el alojamiento más inhospitalario se deben pagar. Esto provoca que, gracias al instinto de supervivencia y a la imposibilidad de recurrir a medios más elementales de subsistencia disponibles en un ambiente "natural", se vea empujado de manera casi irresistible hacia la delincuencia.

Durante mucho tiempo nos hemos engañado al pensar que este modelo de civilización podría al menos "crear riquezas", pero incluso esto se está convirtiendo en una mera ilusión. Los mismos países "ricos" viven en general por encima de sus propias posibilidades, están agobiados por *déficits* públicos cada vez más altos y preocupantes, que los obligan inclusive a suprimir algunas de aquellas formas de asistencia social de las que se sentían orgullosos, pero significan costos cada vez más difíciles de sostener. Esto, por no hablar de las consecuencias a largo plazo de un desarrollo tecnológico incontrolable que pone en peligro la salud de los hombres, el equilibrio vital del medio ambiente y amenaza inclusive la supervivencia misma de la humanidad. Frente a este cuadro cuyas líneas son por lo demás bastante conocidas y al que sería relativamente fácil agregar otros detalles, Occidente comienza finalmente a reaccionar, aunque casi exclusivamente con voces de crítica, de alarma, de angustia. Se ha dado cuenta de la crisis, la está ya analizando, pero no siempre llega a comprender sus razones profundas.

Por tal razón se le hace difícil proponer soluciones verdaderamente eficaces, que exigen consideraciones radicales y fuerza de voluntad para aceptar renunciaciones dolorosas, puesto que las soluciones de compromiso no conducen muy lejos debido a que no permiten emprender con seriedad nuevos caminos basados en nuevas ideas y en nuevas formas de juzgar y de evaluar hechos, valores, opciones de vida.

Para aquellos que viven en una civilización de este tipo, es muy difícil concebir y más todavía efectuar cambios que impliquen una

profunda revisión de las convicciones interiores, una concepción diferente del hombre y de la vida, un cambio radical en la jerarquía de valores, o sea una filosofía diferente en el sentido más amplio y profundo del término.

Es ésta la razón por la cual el mundo contemporáneo anda en busca de lo "nuevo", aunque no consiga encontrarlo. Más o menos como en el caso de una persona de edad ya avanzada que no logra cambiar sus hábitos, su modo de pensar y juzgar y emprender un nuevo estilo de vida, hecho que, aún sin excluir ciertos aspectos que le parecen positivos y que no hace falta modificar, significaría en gran parte renegar de sí mismo.

América Latina, aunque tenga aún grandes problemas económicos y sociales que resolver, está muy lejos de esta situación. Ella puede todavía evaluar, antes de emprenderlos, los riesgos de ciertas vías o caminos. Aún puede reflexionar ante ciertas opciones fundamentales que tiene que hacer. Ante sus ojos está el fracaso del sistema capitalista y del sistema comunista en su intento de ofrecer a los hombres bienestar, libertad, igualdad, justicia, riqueza de ideales, que permitan dar un sentido a la vida. Tiene también la capacidad de darse cuenta que ese fracaso no se debe a fallas técnicas, que podrían resolverse por medio de los avanzados hallazgos en ingeniería política o económica, sino que es simplemente la consecuencia de puntos de vista errados y mucho más generales, o por lo menos unilaterales, que están en la base de los modelos de civilización adoptados por dichos sistemas y que a pesar de sus múltiples diferencias son comunes a los dos.

América Latina sigue siendo una tierra donde las tensiones de tipo ideal aún no han sido reemplazadas por meros conflictos de interés; tierra en la que todavía se cree en una vasta gama de valores, tierra que aún se puede nutrir de su propia historia y de sus propias tradiciones, tierra en la cual se continúa buscando un verdadero proyecto para el futuro.

En el mundo industrializado, el hombre ha sido en gran parte reemplazado por la máquina, ha sido desalojado de sus lugares de trabajo y de muchos otros ambientes por ella. Muchos filósofos quieren inclusive proponer a la máquina como un modelo para el hombre, es decir, como una realidad a partir de la cual es posible interpretarlo y comprenderlo sin dificultad. Y muchos llegan hasta a afirmar con bastante convicción que el hombre no es otra cosa que una mera máquina, aunque mucho más compleja, en la que se superponen niveles físicos, químicos, informáticos, perfeccionados a lo largo de milenios, gracias a una ciega selección natural. De esta manera, el hombre desaparece de la escena del mundo, se

convierte en un concepto inútil y en una palabra vacía, así como paralelamente sucede con tantos valores cuya significación estaba anclada en el reconocimiento de la dignidad del hombre en cuanto ser específicamente diferente y, gracias a esta diversidad de aspectos, superior a los seres de la naturaleza e inclusive a los productos de su misma actividad (lo cual no implica de ninguna manera una soberanía absoluta y un derecho de explotación ilimitados).

Es posible afirmar que en América Latina aún no se ha llegado a una situación como ésta. Aquí, la máquina no ha invadido el mundo humano, el hombre sigue viviendo ampliamente en contacto con los demás hombres (naturalmente, no se trata de un simple contacto físico), con los animales, con una naturaleza bastante intacta. Razón por la cual todavía se hacen evidentes y se resienten ciertas diferencias de nivel y de relaciones.

A partir de estas condiciones América Latina puede abastecer o proveer una preciosa contribución a la comunidad filosófica mundial. Si la filosofía es, como ya lo hacía notar Hegel, "su propia época aprehendida gracias al pensamiento", si ella es, como ya hemos dicho, un testimonio que la humanidad rinde a sí misma en forma de autocompreensión, pero igualmente en forma de proyecto y de orientación, entonces la cultura latinoamericana está actualmente entre aquellas que, habiendo conservado en sí (a un nivel implícito y casi inconsciente, pero también en forma explícita y temática) una imagen más rica, equilibrada y multidimensional del hombre podrá indagarla mejor, hacerla explícita y proponerla como un "nuevo" paradigma para nuestro tiempo, que está buscándola frecuentemente con ansias y con un sentimiento de impotencia.

A pesar de que sus productos industriales no triunfan en los mercados mundiales, América Latina ya está presente, ya es conocida y apreciada en el mundo gracias a sus escritores y poetas, gracias a su música, gracias a sus tesoros de arte e historia, gracias a sus bellezas naturales, gracias al calor y al sentido humano de sus poblaciones, gracias a la intrepidez de su pensamiento teológico, gracias al nivel mismo de sus investigaciones científicas en varios sectores.

Por consiguiente, no existen razones objetivas por las cuales América Latina no pudiera estar más significativamente presente, gracias a su filosofía, mediante la profundización de un surco que ya existe y que se cultiva con éxito.

Dicha presencia original podrá consistir, lo repetimos, en una fecunda filosofía del hombre, capaz de interpretar al hombre contemporáneo sin reducirlo por eso a sólo una o pocas dimensiones.

Y que sepa no solamente grabar, sino también justificar y fundamentar sus aspiraciones a la libertad, a la justicia, al amor, al saber, a la belleza, a la creatividad, a toda una gama de valores que superen el mezquino horizonte de lo útil, del consumo y de la riqueza. Naturalmente, Occidente pretende con mucho orgullo haber ya resuelto estos importantes problemas humanos no sólo dentro del modelo "capitalista", sino también dentro del modelo "comunista". Afirma haber alcanzado las metas de libertad individual, democracia, justicia social, aculturación, del goce de todos los "derechos humanos" fundamentales. A lo más, admite que en este o aquel sector subsisten imperfecciones y carencias que pueden suprimirse en un tiempo relativamente breve, gracias a la aplicación de sus propios modelos culturales.

En cambio, no se da cuenta de que dichas carencias son estructurales, puesto que corresponden a soluciones definitivamente "viejas", elaboradas en momentos históricos profundamente diversos y que, por lo mismo, corresponden a "imágenes del hombre" en gran parte superadas por la realidad contemporánea.

El mundo occidental ha llevado a cabo un admirable esfuerzo creativo que consiste en hacer evidentes estos valores, especialmente durante los periodos heroicos y maravillosos que van del Renacimiento a la era romántica. Pero después se ha como replegado en sí mismo, satisfecho de los resultados conseguidos y se ha dejado encantar por el sueño de la riqueza y del poder, sin darse cuenta de que la historia continuaba su ritmo vertiginoso y acelerado, desarrollando con su propia fuerza toda una serie de consecuencias imprevistas e indeseadas de aquellas soluciones que a su parecer indicaban un progreso efectivo; sin embargo, no pueden sino tener una validez limitada y producir, abandonadas a sí mismas, las contradicciones en las que nos debatimos actualmente.

En tal momento el mundo contemporáneo tiene necesidad de un "proyecto" para el porvenir, proyecto que sea al mismo tiempo capaz de no echar al mar los valores perennes del pasado. Esta necesidad se resiente profundamente en el mundo llamado "desarrollado", el que comienza a darse cuenta y a rechazar las consecuencias del modelo hasta aquí casi ciega y pasivamente perseguido. Pero tras haber dilapidado ideas y valores, ya no le quedan muchos repuestos para construir otro modelo, ni energías espirituales que le permitan creer en él y comprometerse por él.

Los intelectuales occidentales han definido a la sociedad actual como "post-moderna", "post-burguesa", "post-marxista", queriendo decir con esto que en dicha sociedad los valores y las concepciones inspiradoras de aquellos paradigmas clásicos han perdido fuerza

y capacidad de guías. Pero ellos mismos no consiguen definirse "pro-algo", es decir, proponer alternativas plausibles a cambio de aquellos viejos modelos.

Aquí está el límite actual del pensamiento propio de Occidente, que se complace en ser "negativo", "crítico", "débil", y que precisamente por esto no es capaz de satisfacer las necesidades esenciales del hombre, que requiere indicaciones "positivas", "constructivas", "fuertes", para empeñarse con el mundo y la historia.

En cambio, la tensión espiritual de América Latina se orienta precisamente en esta dirección y ésta es la razón por la cual, después de haber "reflejado" durante mucho tiempo el pensamiento y la cultura de Occidente, se encuentra en vísperas de una época en la que ha sido llamada para "iluminar".